

ROPA AMERICANA

DENNIS ÁVILA


PUERTABIERTA
EDITORES

AMARGORD


CRONOLOGÍA DEL SUEÑO AMERICANO

David Cruz

Cada libro es un viaje donde el lector es un escritor pasivo, y desandar los pasos de *Ropa Americana* es una introspección colectiva hacia el dolor del migrante, peregrino suicida, que atraviesa el valle de los muertos para aferrarse a la vida. No es un libro de fácil lectura, es un libro con el que se pelea, aún sabiendo que la derrota es el único destino.

El título hace referencia a esas tiendas de ropa usada que existen a lo largo de Latinoamérica, prendas desechadas en Estados Unidos porque cambió la estación o pasaron de moda. La ruta comercial de esta ropa se podría asociar a un exilio inverso, donde lo despreciado se revaloriza. Algo muy similar ocurre en la literatura, cuando el autor abandona su obra al terminarla y esta llega como un objeto cultura a un posible lector.

Dennis Ávila construyó un poemario íntimo, familiar, comunitario y de migración que recuerda la vigencia de la poética de Aristóteles: el lector llega a una purificación emocional, corporal, mental y espiritual. La organización del libro es una tríada donde la infancia, el viaje y ser un forastero, se complementan y nos muestran a un Ulises moderno, no castigado por los dioses, sino por las pocas oportunidades y los peligros que lo atormentan en su país. Ávila aborda el tema de los “mojados” en poesía y sale bien librado de ese ejercicio intelectual riesgoso, por lo mediático de sus temas.

El poemario es directo, descriptivo y se entrelaza con la tristeza contenida en forma de recuerdos, periódicos de sucesos o narraciones melodramáticas, porque el dolor es híbrido y en distintos moldes, pero esos moldes se forjan

con versos que ponen en firme las peripecias que sufren mujeres y hombres en esta experiencia traumática.

En la primera parte, *El jardín de las cenizas*, se puede sentir al niño que fue el autor por las calles de Tegucigalpa, donde fue testigo de todos los que, desde siempre, se marcharon. Y esta infancia es, de una u otra forma, un conjunto de sucesos que —asediados por la pobreza, el peligro constante y la ausencia de oportunidades— dictaminan las razones de migrar. Hace una regresión a la decadencia geográfica como un paralelismo entre su país natal y la desesperanza que lo habita:

*Como un medicamento intravenoso
recorro Tegucigalpa:
nada me ayuda a entender
el río que agoniza entre sus puentes.*

Aborda la infancia —ese segundo lugar del que nos exiliamos; el primero, me atrevería a afirmar, fue el vientre materno—, y no es casualidad, pues son precisamente los niños las víctimas más vulneradas en esta inacabable historia de migrantes:

*Vamos de un lado a otro
sin entender al niño
que llevamos dentro,
las pocas veces que volvemos
a la felicidad.*

Pero Ávila no deplora de su infancia o de su ciudad, sino que la siente latir, busca su dolor y lo transmite, porque es la obligación que tiene con su tiempo. Este mismo dolor que se vive en las calles de Rabat, El Cairo o San Salvador. El sufrimiento no conoce idiomas ni fronteras, y la mejor

opción (la única, en la mayoría de los casos) que se da a las personas es huir de su realidad.

En la segunda parte, *Breve historia de la sed*, el despojo emocional y material del protagonista se combina con una voz dual, entre el yo biográfico y poemas exterioristas en tercera persona, incluso en algunos textos juega deliberadamente con ambas voces y proclama sentencias para enfatizar que las fronteras son un eufemismo inútil:

*Enciendo una vela
a San Francisco Morazán:
soy tan hondureño
como si hubiera nacido en Guatemala.*

En estos versos minimalistas resume la ideología del prócer hondureño y su deseo de ver a la región como un solo Estado, una Centroamérica desangrada por la inoperancia y crueldad de quienes gobiernan estos países.

La voz del poeta muta a lo largo del libro, se permite hacer juicios de valor con los personajes que el “mojado / exiliado / migrante / indocumentado” se encuentra; personajes, en ocasiones, dotados de una gran sensibilidad, como en estos versos dedicados a Las Patronas, mujeres que reparten víveres a los pasajeros de La Bestia:

*Saben que los sueños
deben alimentarse,
que esos hombres podrían ser
sus hijos o maridos.*

Finalmente, en la última parte, *El sueño americano*, se llega a un territorio desconocido, donde se tiene todo menos las cosas que importan. El peregrino culmina el viaje, aferrado al *eterno retorno*. Se cuestiona si hay algún sentido para seguir viviendo y perfecciona el arte de recordar:

*Años después
supe que Ropa Americana
y Ropa Usada
eran la misma cosa.
Me hubiera gustado encontrar
al verdadero dueño de mi camisa
para contarle que la usé
hasta los últimos días de mi infancia.*

Al final nos queda la síntesis del lenguaje que, como un milagro alquímico, se fusiona a las cosas simples pero trascendentales de la vida:

¿Qué será mejor?

*¿Vivir en Estados Unidos
sin dominar un idioma
en esta selva de cosas
que le pertenecen a otros?*

*¿O estar frente a tu milpa
viendo morir
a cada uno de tus perros
con decencia?*

Todo está dicho, al menos en el libro. Mientras tanto, un ejército de seres humanos sigue marchando en busca de su dignidad. Ya vencieron sus muros mentales y se disponen a saltar cualquier obstáculo físico. Aún no lo saben, pero están contaminados de nostalgia e incertidumbre. Se cuestionan si el viaje valdrá la pena, si los deportarán o se deportarán a sí mismos como prendas usadas en busca de un nuevo sueño.

Paso, Texas
4 de octubre de 2018